

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VI Jornadas de Jóvenes Investigadores
10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Autor: Federico Czesli

Filiación Institucional: Licenciatura en Cs. de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires.

E-mail: artaro@hotmail.com

Eje 1: Identidades. Alteridades

Título: “Parque Saavedra. Identidad, violencia y muerte.”

“Parque Saavedra. Identidad, violencia y muerte.”

Federico Czesli
Licenciatura en Cs. de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires.

El domingo 22 de julio de 2007, a las 6 de la mañana aproximadamente, un chico de veinte años murió atropellado en la avenida General Paz al 5100, a una cuadra de Avenida de los Constituyentes. Su nombre era Christian Zarza, y su apodo, “El Chino”. Por alguna razón no cruzó la avenida por alguno de los dos puentes a nivel que cortan la General Paz, ambos a 150 metros del lugar de su muerte, sino que lo hizo por la avenida misma, “por abajo”.

No hay testigos que cuenten qué sucedió, y el conductor del auto que lo atropelló sólo volvió horas más tarde. Por el informe de los peritos forenses se sabe que Ezequiel estaba muy alcoholizado, y a partir de una carta para su ex novia que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón la Policía consideró que se trató de un suicidio.

Para su familia y su entorno, en cambio, Ezequiel no tenía motivos para suicidarse, y consideran que si intentó cruzar por la avenida fue porque lo estaban corriendo. Barajan dos posibilidades: que se trató de una pelea “de hinchadas”, o que lo corrieron por una pelea por una chica de otro barrio, en un boliche bailable.

Con esta tesis me propongo responder a la pregunta de por qué, de todas las posibilidades que podrían haber suscitado su cruce y sin testigos, para su grupo social es verosímil pensar que fue por una pelea de hinchadas o por una chica. La pregunta nos lleva directamente a indagar en las lógicas y sentidos que circulan en un grupo social específico de Buenos Aires.

Para lograrlo, realicé en una primera instancia un trabajo que me permitió reconstruir su muerte, entrar en contacto con su núcleo íntimo a través de entrevistas y acceder al expediente legal. Una vez culminada dicha etapa, que duró seis meses y

generó un primer texto, recibí la propuesta por parte de Fabián, el tío de Christian, de continuar trabajando, esta vez, ya no sobre el Chino sino sobre la hinchada de Platense, a la que ambos pertenecían y de la cual Fabián es “hincha caracterizado”. La metodología, a partir de entonces, consistió en un trabajo de campo con “la banda” que se reúne en el Parque Saavedra, con el objetivo de comprender los sentidos en circulación en el grupo.

Desarrollé mi indagación a partir de tres ejes: los modos de construcción de identidad, la relación con los territorios, y la muerte. En el primer caso, me propuse pensar esta experiencia a partir de la hipótesis de Pablo Alabarces (2002), que plantea que las identidades se construyen atravesadas por el fútbol como razón primera, y tratar de comprender por qué una pelea de hinchadas en un contexto no futbolístico pudo haber devenido en su muerte, de modo que abordé la cuestión del combate y “tener aguante” (Garriga, 2007) como constructor de identidades. En el segundo caso, el objetivo fue analizar la relación del grupo con el territorio a partir de la construcción de alteridades, con el objetivo de indagar por qué fue posible que un joven como el Chino se haya peleado por una chica de otro barrio, poniendo el foco en el hecho de que la chica era “de otro barrio”. En este camino, además, trabajé sobre el concepto de “parar” en la calle, y sobre la importancia que la calle tiene en este grupo.

Finalmente, mediante el tercer eje me propuse pensar la muerte como relato, es decir, si existen en el grupo modos de morir honrosos y otros deshonorosos. En esta ponencia expondré los lineamientos principales de los dos primeros.

1. Aguantar

En primer lugar debo mencionar que en el grupo encontré marcas que me permitían leer los acontecimientos a partir del concepto de “aguante”. Se trata de un bien simbólico en disputa entre los jóvenes que pertenecen a este grupo, y que está

directamente ligado con los saberes de lucha y con la afirmación de la masculinidad como marca identitaria. Trabajé sobre la hipótesis de que en estos grupos se construye un sentido de pertenencia y de comunidad a partir de la afirmación de masculinidad. Para “tener aguante” hay que combatir, hay que pelearse, y pelearse en público. A medida que los pibes demuestran tener aguante se van instaurando como “machos”, verdaderos hombres, y se diferencian de los “putos” o “cagones”.

En este sentido, comparto la postura de Jorge Elbaum, que considera que el aguante es “defensivo y vehemente más que feroz y seguro de sí mismo, siempre con necesidad de atestiguar una pertenencia, de dar indudables pruebas de hombría, de ofrecer el propio dolor para testimoniar resistencia (...) Ser hombre es estar dispuesto a dejarse examinar, a dar concretas pruebas cuando son pedidas”. El problema al trabajar referencias como esta es que los estudios sobre violencia en el fútbol trabajan el combate como una acción de lucha colectiva entre hinchadas rivales, mientras que el Chino murió un domingo a la mañana, aparentemente solo, y según el relato familiar, a la salida de un boliche. Se trata de dos situaciones distintas y a diferenciar aunque, como veremos, cuentan con una misma lógica subyacente.

Por otra parte, no podemos dejar de tener en cuenta que desde julio de 2007 la Asociación del Fútbol Argentino dictaminó la prohibición de la asistencia del público visitante en los partidos de las categorías del ascenso. Según los pibes mismos, esto generó que dejaran de pelearse; incluso añoran esas épocas en que combatían dos o tres veces por fin de semana. El tema es que la iniciativa no cambió los mecanismos de construcción identitaria, y la ausencia de “cruces” entre hinchadas durante los días de partido suscitó que los combates pasaran a otros planos y espacios.

De hecho, durante el trabajo de campo no presencié un solo combate colectivo contra otra hinchada –aunque sí hubo contra la policía. Hubo, de todos modos, relatos

de viejos choques frente a otros equipos y enfrentamientos al interior del grupo, y esto se debe a que los mecanismos de socialización y construcción del sujeto no se modificaron: en el proceso de adquisición de “aguante” se producen y relatan combates en los que se enfrentan contra hinchas de equipos rivales pero también contra los contrincantes de las diversas alteridades que se les presenten, siempre y cuando los rivales sean considerados de peso. El denominador común es, siempre, el honor, ya sea el de la camiseta, el de la banda de amigos o el propio. Es a partir de esas peleas que adquieren respeto.

Como todos los jóvenes que pertenecen a la “banda”, Christian sabía defenderse. Nunca había practicado sistemáticamente ni artes marciales ni boxeo, aunque esporádicamente participaba de las clases que se daban en la Unidad Básica peronista del barrio, de la que formaba parte. El Chino no se peleaba a diario ni semanalmente (ninguno lo hace), pero la posibilidad de hacerlo era una situación presente en su vida, ya que formaba parte de la hinchada de Platense y dentro de estos grupos no tiene sentido ser de Platense y no “defenderlo”, “aguantar” a Platense.

Por ejemplo, en uno de los asados previos a un partido, uno de los pibes, Cuqui, les contaba a un grupo de chicos cómo durante una pelea en una marcha política no lograron sacarle la camiseta de Platense que llevaba puesta. Contó que se quiso ir antes, caminó un par de cuadras, y de golpe se encontró entre dos micros que provenían del Partido de San Fernando, zona caracterizada por ser de Tigre.

“Y yo iba tranca, y de golpe uno pasa por al lado mío y me dice ‘dame tu camiseta’ y bluuuuuummm. No iba a esperar, y se me vinieron tres, cuatro, y blum, blum, mano a mano. (...) Terminé con la cara toda hinchada pero no me la sacaron. Me cagaron a trompadas, me mataron, pero a uno de ellos yo también lo maté (...) Y al final vino la gorra [por la policía] y separó, y

me dijo 'Vinimos porque te la aguantaste', y me fui custodiado por la policía hasta Retiro (...). Pero esa camiseta no me la iban a sacar, además tiene una historia: yo se la saqué a uno de Morón ¿entendés? La había repatriado”.

La construcción de la efectiva identidad del club, es decir, de su grandeza, de su gloria, se actualiza y se dirime en el combate frente a la hinchada o hinchas individuales de rivales como Tigre, Chacarita, Argentinos Juniors, Defensores de Belgrano o cualquiera que se anime a poner en tela de juicio la “autoridad” de la banda de Platense. La posibilidad de pelearse está presente en la vida cotidiana y es un mecanismo de constitución identitaria.

2. Jerarquías

También hay que tener en cuenta dos factores: que el combate es entendido como la única alternativa en un encuentro entre adversarios, ya que si rechazaran el enfrentamiento serán interpelados como “putos”, y que es un mecanismo legítimo para dirimir los conflictos. Coincido con Garriga cuando afirma que “La práctica ‘violenta’ excede al ámbito del fútbol, conformándose como una práctica más en el campo de lo político, lo doméstico, lo laboral, etc”. De hecho Fabián me explicó que

“La barra no es nada más en los días de cancha. La barra se vive a toda hora, en la calle, toda la semana, todo el tiempo se vive. No es que se vive solamente los sábados cuando te traslada el micro y cuando te trae. La gente está confundida. La cancha ya comió a la sociedad. Por lo menos el que es barra, el que sigue a un equipo, el que es un hincha caracterizado, lo vive todos los días, toda la semana, todo el tiempo”.

A mi entender, con esta declaración no se refiere solamente a que los combates entre hinchadas se pueden desarrollar en cualquier momento, sino que la lógica forma

parte de la vida cotidiana. En una ocasión, por ejemplo, el Chino y su amigo “el Diego” (me pidió que lo mencione así, en honor a Maradona) estaban fumando marihuana en el Parque Saavedra. En un momento se levantaron y se fueron, y al rato se acordaron de que se habían olvidado un resto de cigarrillo (“una tuca”). Al volver encontraron a Maxi en el mismo lugar, que decía no saber nada de la tuca. El Chino insistió en que él la tenía y, tras una nueva negativa de Maxi, le quiso pegar con una botella de cerveza. Cuando estaban a punto de pelearse, uno de los encargados de limpieza del parque les mostró la tuca, que “se había volado”. Sin embargo, a partir de ahí quedaron enemistados, lo que generó que al poco tiempo Maxi –conocido por sus habilidades para el sipalki- le empujara la cabeza contra una pared y le robara una gorra, y a su vez, que Fabián –el tío, respetado en la banda- fuera a buscar a Maxi. Él cuenta que cuando lo encontró le dijo “Dame la gorra pendejo de mierda, atrevido, la gorra es mía. ¿Te gusta pegarle a los guachos? Ni se me paró de manos porque sabe que voy a la cancha – me relataba-. Te voy a matar, ustedes tienen que ser amigos, no se tienen que pelear ¿no ven que son todos de la misma edad, del mismo barrio? Manga de giles los voy a matar”.

De acá se desprenden varios elementos. En primer lugar, una segunda dimensión del aguante que consiste en la oposición adulto / niño. Como planteaba Eduardo Archetti ya en 1984, “Desprestigiar al otro es transformarlo en niño o en hijo. Esto supone la pérdida de su autonomía y el hecho de no poder comportarse como verdaderos hombres”.

Por ejemplo, es común que una pelea se desestime porque es “cosa de pendejos” o “de pibitos”, lo que significa que no es un combate entre “capos” y por ende no se pelean por nada verdaderamente importante. También me encontré con la frase “lo puse en su lugar”, o que se le dieron “un par de cachetazos” a alguien que “se hizo el

atrevido”, en referencia a que se le demostró que no tiene aguante a alguien que afirmaba tener más reputación que la que verdaderamente tenía. En este sentido, los “pibes” tienen peleas donde se demuestran quién está por encima de quién en el estamento de la banda: se demuestran “quién es quién” a partir de la exposición manifiesta de su capacidad para el combate, de su potencialidad peleadora.

La adquisición de status está directamente ligada con “tener chapa”, el respeto que incorporan en el barrio, lo que implica también la existencia de peleas dentro de Saavedra, producto de las “internas”ⁱ. Si bien no era habitual que el Chino se peleara, era un elemento presente en su vida, ya que además su tío es uno de los referentes del grupo que “para” en el Parque Saavedra y él hacía alarde de su filiación. Por esta razón, Fabián aún siente culpa, porque considera que en parte murió por ser su sobrino. “Cuando le pregunté a Fabián para qué sirve “tener chapa”, me contestó lo siguiente:

“Acá en el barrio te puede servir con las minas, te puede servir con la gente, por ahí hay cinco o seis barritas en Saavedra y todos te conocen, y escabiás acá, allá, te invitan a comer un asado acá, te invitan de todos lados. (...) Te abre la cancha, las minitas hablan de vos, vas a un boliche y ‘ay, ahí está fulanito’, y después te juega en contra porque una vez que te hiciste conocido después ya no te lo sacás más de encima, te juega para toda la vida; donde te cruzás alguno que está medio loco, medio que quiere pelear, te tenés que pelear (...) Nosotros antes nos íbamos a pelear con los de Coghlan, ponele, íbamos ahí y adelante [al frente de la pelea], nos tenemos que pelear con los de [Villa] Urquiza, adelante, y la gente después te conoce, te saca -los de mi misma edad, los pendejos no, pero los de mi misma edad te sacan”.

Como la “chapa” modifica el modo en que los chicos organizan su relación con los demás sujetos y con el territorio, dentro de este grupo constituye uno de los elementos centrales de la identidad. Desde una perspectiva sistémica, analistas como Gilberto Giménez (1997), consideran que la identidad “Es la auto-percepción de un sujeto en relación con los otros; a lo que corresponde, a su vez, el reconocimiento y la ‘aprobación’ de los otros sujetos. En suma, la identidad de un actor social emerge y se afirma sólo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y, por ende, luchas y contradicciones”.

Vale destacar, en esta línea, que de acuerdo con el testimonio su status lo fue constituyendo a los golpes, con su presencia al frente de las peleas contra otros barrios. Por otra parte, una vez “conquistado” el aguante, considera necesario actualizarlo cada vez que se presente la ocasión: “si quiere pelear, te tenés que pelear”. Entonces, tengo reparos respecto de aquellas teorías que plantean que el combate es un ritual de iniciación. Si Bourdieu (2010) sostenía que éstos marcan una diferencia entre un antes y un después de la consagración, y distingue entre practicantes y no practicantes, yo percibo que en este grupo el aguante no se conquista en “un” combate frente a otra hinchada o ante un rival en público, sino que se va adquiriendo de manera progresiva.

3. Territorios

Se dice que la noche que murió el Chino pasó por la casa de su tío a buscar una campera que llevaba un prendedor de Platense, y luego a saludar a todas las banditas. Pasó caminando por la estación de servicio sobre Balbín y Crisólogo Larralde, por el Parque, por el bar Marajá y también a los de Pico. Según consta en la causa judicial, a las 5:06 de la mañana del domingo 22 llamó por teléfono a su casa desde avenida del Libertador al 1600, donde hay una estación de servicio, para pedirle a su abuela el teléfono de una agencia de remises. Ella escuchó música detrás de la voz de su nieto, le

dio el teléfono de una remisería. y escuchó un “Quedate tranquila que ya voy para casa”. Por la zona desde la que llamó, intuyen que había ido al bar Sospechosos, en Libertador al 1000, a un kilómetro de la General Paz del lado de Vicente López, donde entraba gratis.

Sin embargo, en la agencia no hay registros en los que se solicitara un auto para dicha dirección. El lugar de su muerte, por otra parte, es a seis kilómetros del bar. Fabián cuenta que “Unos dicen que fue hasta la puerta de Sospechosos, no entró y que se iba a ir para Bellaroma. Que en Bellaroma estaba la novia, no sé cómo se llamaba, una pibita que estaba curtiendo con él. Y bueno, supuestamente lo corrieron: no sé si los de Chaca, los de Excursio, los de Defe, me tiraron mil bandas”. Bellaroma es otro boliche, que queda a trescientos metros del lugar de su muerte y que por su cercanía a la General Paz, es frecuentado por gente de muchos barrios, y por ende de muchas “bandas”. Una de las versiones, de hecho, es que la noche anterior la hinchada de Chacarita se había “matado a piñas” con la de Platense adentro del boliche, al punto que a un chico (de Chacarita) lo sacaron en ambulancia -lo que permite inferir que el honor de la banda nunca se pierde en los relatos-, que por ende se querían vengar y que al Chino lo encontraron con el prendedor de Platense en la campera.

Dentro de este grupo la pertenencia al barrio de Saavedra es sinónima de ser de Platense, y ser de Platense atraviesa enteramente la vida de los integrantes de la banda. Es decir que seguiremos trabajando sobre el fútbol como razón primera en la construcción de identidades. En el caso que he estudiado, la identificación con el barrio se produce aunque la hinchada de Platense cuenta con integrantes de otros barrios, como Florida, Wilde o Villa Urquiza, y aunque actualmente su estadio está situado en Vicente López. Saavedra es una construcción simbólica antes que efectivamente una zona geográfica: la concepción del barrio no es aquella que define el trazado urbano oficial,

sino el que las hinchadas van delimitando a través de las bandas que “paran” en algunas calles -esquinas, pasajes, kioscos-, los grafitis que pintan en la calle y las representaciones que atraviesan los espacios. En la misma línea, diversos autores (Dodaro 2005, Reguillo 1995, Garriga 2007, Puex 2003) consideran que el territorio se define a partir de las relaciones sociales que en él se realizan, es decir, que no hay territorio por fuera de dichas relaciones.

Así como se es de Platense porque no se es de Tigre, Argentinos Juniors, Chacarita o Huracán, ser de Saavedra significa que no se pertenece a Floresta (All Boys), Belgrano (Defensores de Belgrano), Parque Patricios (Huracán), San Martín (Chacarita), Paternal (Argentinos Juniors), Tigre y muchos otros etcéteras, de acuerdo a los conflictos que se van suscitando.

A partir de un análisis diacrónico, Pablo Alabarces (2002) considera que desde la década del noventa –y como producto de la ausencia del Estado como generador de la idea de Nación- se produjo una crisis de las identidades futbolísticas tradicionales que generó dos efectos: en primer lugar, un pasaje, de la identificación con los estadios, los colores del club y sus jugadores-símbolo, a la pertenencia a las hinchadas como marca de identidad; en segundo lugar, la aparición de un proceso de “tribalización” al que dicho autor le otorga dos caminos -“respecto de un *otro* radicalmente negativizado, y al interior de las mismas hinchadas”. En esa línea, encuentra cuatro niveles de oposiciones: regional, intraciudad, interbarrial e intrabarrial. Considero que estas últimas dos han tomado protagonismo a partir de la imposibilidad de presenciar los partidos cuando el equipo juega de visitante, y en términos de Alabarces, “el territorio, cuanto más segmentado y atomizado, se vuelve más cálido, adquiere mayor capacidad para interpelar sujetos”.

Específicamente, Cabildo divide la relación entre Platense y Defensores de Belgrano. También con Defensores son los conflictos hacia el sur, ya que a “Defe” pertenecen las proximidades de la estación Coghlan de tren, también conocido como “Drago”. Hacia el norte, el conflicto está ligado principalmente a Colegiales (de Munro) o Tigre (Victoria), mientras que hacia el oeste el rival es Chacarita, del Partido de San Martín. Es interesante destacar –en línea con la hipótesis de la interpelación futbolística que mencioné previamente- que los hinchas de Platense consideran que los policías que cuidan la entrada al estadio demoran su entrada porque pertenecen a la comisaría de Tigre, y por ende “son todos” hinchas de Tigre.

Al interior de Saavedra, por otra parte, el principal conflicto está dado por la rivalidad entre “Saavedra”, propiamente, y el “Barrio Mitre”, la villa de emergencia de seis manzanas, situada atrás de la fábrica Philips, entre, Arias, Melián, Correa y Posta. Los conflictos con “el Barrio” tienen una dimensión material tan importante como la simbólica, que se refleja en distintos elementos. Por una parte, ambas parcialidades se disputan la supremacía de la hinchada y los beneficios que de allí surgen. Si bien desde julio de 2010 el liderazgo volvió a Saavedra, durante varios años había pertenecido al Barrio Mitre. En segundo lugar, según la gente de Saavedra el Barrio es el espacio donde se vende la droga de la zona. El tema no es menor: muchos de los pibes son consumidores habituales o adictos, y cuando van a comprar pueden estar eufóricos o en crisis de abstinencia; si sumamos que no suelen contar con efectivo, es fácil imaginar que la relación con los proveedores sea tensa.

Desde el punto de vista simbólico, los habitantes del Barrio Mitre son “negros”ⁱⁱ, en oposición a los de Saavedra, que se consideran a sí mismos “trabajadores”. Existen, entonces, barrios propios y ajenos. Sobre estos últimos, caminar es un acto de coraje, lo que genera, no que no caminen por otros barrios, sino que tiendan a recortar su vida a

los espacios “seguros”. Además, para que caminar un barrio sea riesgoso el individuo debe ser reconocido por los habitantes del barrio enemigo como hinchado de Platense, y es ahí donde entra en juego la fama y el prendedor de Platense que el Chino llevaba en la campera la noche de su muerte. Por ejemplo, Fabián cuenta que

“En año nuevo fui a comprarme una bermuda, en Solo Deportes [un local sobre Cabildo], y cuando salí me estaban esperando cuatro con cuchillos, con la camiseta de Excursionistas. Me tuve que meter adentro otra vez, llamar a la policía. Habían agarrado unos cuchillos Tramontina de al lado, que hay un restaurant. Los tipos me vieron pasar, que fui ahí, y me fueron a comer [sic] en seguida (...) Como te dije, están todos los sectores marcados, lamentablemente. Está todo limitado: el que es de Saavedra no sale de Saavedra, el que es de Belgrano no sale de Belgrano, el que es de Urquiza no sale de Urquiza. Está así, te digo que está así, eh”.

Como expresaba De Certeau (1990), el espacio es indisociable de sus prácticas, y están atravesados por relatos que organizan los andares, los modos de caminar el barrio. Por eso, cuando comencé el trabajo uno de los elementos más sorprendentes fue la resignificación de todos los espacios: resultó que Cabildo no era sólo la avenida, sino también un límite geográfico con Defensores de Belgrano; que la General Paz era la avenida por la que habían corrido los rivales; que plazas y esquinas eran territorio de diversas bandas, que los encargados de una pizzería eran los referentes de una parcialidad de la hinchada; que el almacenero de la esquina además era policía.

Sin embargo, también descubrí que los esquemas perceptivosⁱⁱⁱ que condicionan la relación con esos espacios –y, como veíamos, su propia identidad- también podían ser sumamente débiles: uno de los pibes que para en las bochas trabaja como repartidor en

una pizzería próxima a Álvarez Thomas y Federico Lacroze, pleno territorio de Chacarita, y otro de los pibes –Pupi- se había mudado a Juan Agustín García y Bufano, muy cerca de la cancha de Argentinos Juniors, el clásico rival.

Cuando me enteré de esto último le pregunté cómo podía ser posible que viviera ahí. “Es que saqué un crédito hipotecario con mi pareja. Desde la terraza se ve la tribuna del bicho. Son unos putos, no cantan ni cuando juegan de local”, se rió, e inmediatamente me dijo: “Igual, todo bien, son re fanáticos, van a la cancha vestidos con la camiseta, todo. Incluso yo me junto a fumar porro con algunos de ellos”. Frente a mi desconcierto (y mi desilusión: como si nada acababa de destruir el modelo que venía construyendo hacía dos años), me contó que incluso les había dicho que era de Platense y que no había habido problemas, que él había ido “con la mejor onda”, es decir, con humildad y sin ánimos belicosos.

Para comprenderlo, considero necesario poner en primer plano diversos elementos que hacen a su grupo. En primer término, no tengo dudas de que Fabián y muchos otros pibes sienten que tienen vedado cruzar Cabildo, y que esto está fuertemente ligado a la “chapa” que supieron construirse. Pero también considero –como decía- que esta relación con el espacio es una suerte de esquema, en términos de Bourdieu, que si bien se afirma y actualiza en peleas y enemistades que efectivamente se producen, no determina las conductas de manera unívoca. Esto no significa, por otra parte, caer en un relativismo absoluto y pensar que cualquier conducta es posible.

Asimismo, no se puede dejar de lado que los pibes pertenecen a una sociedad –y en particular, a un grupo de la sociedad- en la que es importante aprovechar las oportunidades económicas que se presentan, porque no siempre hay estabilidad laboral ni posibilidades de adquirir un departamento, ni siquiera de conseguir trabajo con facilidad. En tercer lugar, hay que tener en cuenta que nadie va a dudar de la legitimidad

de Pupi, viva donde viva, se junte con quien se junte. Finalmente, que posiblemente haya algo superior a las antinomias futbolísticas, y es el placer que sienten por el ritual de reunirse con amigos, charlar, fumar marihuana y tomar cerveza. Y aunque en el barrio su legitimidad surja del rechazo hacia el hincha del otro club, hay en el ritual del “porro” y el relajarse un denominador común a todas las bandas, un punto de comunión y de reconocer, allí, a un par en el rival (como también se reconoce a un par en el combate, pero en ese caso, a vencer). Y aquí, es imperioso pensar en la preeminencia que tiene la calle en este grupo y sus procesos de socialización.

4. La calle

Saavedra está conformado por diversas bandas que “paran” en distintos espacios y confluyen –en general los días de partido, a veces durante la semana- en el Parque Saavedra. El Parque es uno de los espacios importantes de encuentro porque allí, en “las bochas” (el sector de bochas del parque) paran algunos de los pibes más respetados del barrio, como Fabián, y son ellos quienes reparten las entradas de favor que entregan los dirigentes.

De acuerdo con el momento personal que estén atravesando, los pibes se reúnen más o menos noches por semana, pero siempre –aún en pleno invierno- le dan un peso importante a ese punto de encuentro, en el que se relajan, fuman marihuana, toman cerveza o vino con jugo y charlan, *chusmean* y rememoran anécdotas, muchas veces ligadas a combates pero también a salidas a boliches. Si además están “a todo ritmo”, toman cocaína o estimulantes, van a un cabaret y trasnochan hasta el día siguiente, lo que también llaman “estar de gira”.

Si bien estos grupos son fluctuantes y aunque están abiertos a la presencia de aquellos que quieran pasar un buen rato, considero que en su raíz se encuentra una amistad surgida en la infancia. Es decir que antes que nada son amigos que fueron

juntos al colegio, que se criaron jugando a la pelota en la calle o en Platense, que juntos hicieron sus primeras salidas y asados, aprendieron a “levantar” chicas y también a pelearse, ya sea para defenderse como para hacer valer a Platense. En estos grupos la amistad aparece en primer plano, y el compañerismo y la contención mutua son fuertes.

Contra todo prejuicio, este estar en la calle no es producto de una huida de la casa familiar por carencias socioeconómicas, como plantea la costarricense Priscilla Carballo (2005), que indica que la apropiación de las calles por los jóvenes es producto del hacinamiento en los espacios habitacionales. No, acá hay pibes con y sin dinero propio, los hay de familias con serias dificultades económicas y con comodidades, y cuando tienen consumen y comparten, y cuando no tienen piden consumen y piden que les compartan.

Posiblemente parar en la calle esté más ligado a ocupar un espacio, a la afirmación de la masculinidad a partir de ese “plantarse”, que también está ligado con el combate y que deposita en el sostener una posición parte de la afirmación personal masculina, de la hombría. Muchos de ellos, por otra parte, se acercan en la adolescencia a grupos de adultos ya consolidados, e intuyo que aquí influye su búsqueda de nuevos objetos de amor y admiración fuera del círculo familiar, ligados al período adolescente de constitución identitaria^{iv}. El Diego, por ejemplo, me contó con orgullo cómo la perseverancia le permitió pasar a formar parte de un grupo de pibes más grandes:

“...yo cuando tenía 12 años me acuerdo que iba a parar yo solo con guachos que estaban a media cuadra de casa y tomaban milonga, todo, y escuchame, me decían ‘vos andate’, porque tenían que tomar merca. Estaban perseguidos por si venía la yuta y tenían un quilombo enorme. Me decían ‘andate’ y yo me quedaba, y los pibes piolas, me

aguantaban, pero viste, era otro código, yo estaba ahí y estaba muzzarella, no decía nada.

Para estos grupos de amigos, contar con poder de choque es importante, porque es a partir de pequeños combates barriales que los chicos van aprendiendo a pelear y a hacerse valer, les pierden el miedo a los golpes y se constituyen en hombres.

Por ejemplo, se dio el caso de la bandita del Pasaje Varas –son tres o cuatro chicos que no llegan a los dieciocho años–, que durante el entretiem po de un partido se pelearon contra “una decena” del Barrio Mitre. Dos semanas después, al siguiente partido, se produjo otra pelea entre los mismos bandos, y la escena terminó con los pibes del Pasaje trepando la reja que separa las hinchadas con ayuda policial. Esa noche caminábamos por el Parque con Fabián –que a la tarde no había estado en la tribuna- y nos cruzamos con los chicos que se habían peleado. Él se interiorizó sobre lo ocurrido, identificó quiénes habían sido los contrincantes y les dijo que el líder de los rivales tenía 32 años. Y les explicó: “se la agarra con ustedes pero con nosotros no se anima.” Y especificó: “de ahora en más ustedes se van a pelear todos los días. Sean pillos y anden todos juntos. No tengan miedo, esos pibes no salen del Barrio”. Más tarde, ya solos, nos explicaba a los que lo rodeábamos: “Son sus primeras peleas, siempre las primeras peleas son con los del Barrio, eso es así. Se están curtiendo, están cobrando pero está bien que vayan para adelante. Se están curtiendo”, repetía.

De modo que “la calle” es un espacio donde se conjuga la amistad y el grupo de pares, donde se fortalece la lealtad aunque también hay traiciones; donde se desarrollan marcas identitarias (como ser hincha de un club), que van de la mano de acciones y ritos de iniciación (como fumar marihuana, ir a un cabaret o un combate con otras bandas) que afirman el compañerismo y la pertenencia al grupo. Es un espacio con una fuerte dimensión de placer, pero que también tiene un componente material, que se encarna en

los beneficios que surgen de la hinchada (como entrar gratis al estadio) o de las relaciones que se generan de ese espacio.

Recapitulemos. Como decía, el eje de este trabajo es comprender por qué el entorno del Chino considera que si cruzó la General Paz fue porque lo corrían, tanto por una pelea de hinchadas como por una chica de otro barrio. A partir de la indagación encontramos que “tener aguante” es importante en el grupo, que para ostentarlo es preciso exponer valor en la pelea, y que tiene dos dimensiones: por un lado, condensa la “identidad calamar”, es decir que existen alteridades respecto de las cuales se diferencian y con las que se enfrentan para sostener el honor del club. Esto significa también que la violencia es una acción nutrida de significación, que forma parte de la vida cotidiana y que ellos se sienten plenamente atravesados por lo futbolístico.

En segundo término, la violencia define el lugar que cada uno ocupa en la jerarquía de la banda, y esto también está ligado a su identidad, porque se relaciona con el modo en que ellos se perciben a sí mismos y son percibidos por su grupo de pertenencia. La violencia está asociada a la identidad de género, y demostrar el potencial violento es necesario para formar parte del grupo.

Como resultado, los combates se pueden dar en situaciones completamente alejadas de lo futbolístico, como una marcha política o un boliche, y en todas ponen en juego el honor, el respeto, ya sea individual o colectivo. Esto es así porque los clubes están asociados a sus barrios, y los territorios están cargados de representaciones: existen espacios propios y ajenos, y zonas de frontera. El Chino murió sobre la General Paz, límite donde confluyen muchas hinchadas. Los barrios, como expresa Alabarces, interpelan a los sujetos en la construcción de identidades. Si bien no hubo espacio para su desarrollo, considero que dicha interpelación se produce a partir de grafitis, cánticos

de hinchada y otras representaciones en las que se pone de manifiesto el mito por el cual combatir por Platense es defender el honor individual y colectivo.

En esta configuración, la calle tiene una significación central y es uno de los espacios por excelencia en los cuales este grupo vive. Su ocupación está plenamente ligada al placer y a la afirmación de la masculinidad a partir de ese “plantarse” y a poseer un lugar “propio”, escindido de instituciones como la familia, el trabajo o la escuela.

Con estos elementos he esbozado esquemáticamente dos de los tres ejes de mi trabajo. Entre las problemáticas que decidí excluir se incluyen el sentido de propiedad del barrio y del club, las dinámicas que se presentaron en la tribuna o la relación con la mujer. Si bien he esbozado los motivos que permiten explicar a su entorno, queda pendiente, por ejemplo, indagar en cómo es posible que en su relato el Chino aparezca “corriendo”, lo que daría la pauta de la deshonra. Para eso, se hace preciso explayarse en otros elementos, como la relación que existe en el grupo con la temporalidad, con los placeres y con la adversidad.

Referencias bibliográficas

Alabarces, P. (2002). *Fútbol y patria: El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Archetti, E. (1984). *Futbol y ethos*. Buenos Aires: FLACSO.

Bourdieu, P. (2010). *La dominación masculina y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial La Página S.A.

Carballo, P (2005). Juventud popular y la calle como espacio. *Revista Pasos*. 120. Segunda época. Julio-agosto.

De Certeau, M. (1990). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.

Dodaro, C. (2005). Aguantar no es puro chamuyo. Estudio de las transformaciones en el concepto nativo. En P. Alabarces (Comp.). *Hinchadas* (pp. 105-128). Buenos Aires: Prometeo.

Elbaum, J. (1998). Apuntes para el ‘aguante’. La construcción simbólica del cuerpo popular. En P. Alabarces, R. Di Giano y J. Frydenberg (Comp.). *Deporte y Sociedad* (pp. 157-162). Buenos Aires: Eudeba.

Garriga Zucal, J. (2007). *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo.

Giménez, Gilberto. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera norte*. 18.

Puex, N. (2003). Las formas de la violencia en tiempos de crisis: una villa miseria del conurbano bonaerense. En A. Isla. y D. Miguez. *Heridas Urbanas: violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Argentina: Editorial de las Ciencias.

Reguillo Cruz, R (1995). *En la calle otra vez. Las Bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Weissmann, P. Adolescencia. *Revista Iberoamericana de Educación*. Universidad Nacional de Mar del Plata. Disponible en: <http://www.rieoei.org/deloslectores/898Weissmann.PDF>

Notas

ⁱ Sólo encontré una etapa previa a los golpes dentro del grupo que para en las bochas, que denominan “charlar a un costado”: consiste en que si uno de los pibes tiene problemas con otro, busque al pibe con el

que tiene el conflicto y “lo lleve” hasta alejarse unos metros, lo suficiente como para estar en privado y charlen el problema hasta resolverlo. Cuando hicieron mención a esta instancia, suelen hacer el gesto del abrazo de costado, por encima del hombro del otro (a veces simula ser por encima del cuello, un poco más coercitivo). De esa manera evitan una confrontación o ruptura al interior del grupo, y evitan también que se amplifique a otros compañeros de banda.

ⁱⁱ Gisela, la hermana de Christian, recuerda que el Chino “Era un pibe que decía... no era racista, pero como que odiaba los ‘negros’, pero no de piel, negros de alma. Entonces, los amigos eran más de acá, de Saavedra. Un negro es gente que decís ‘negros’, ‘qué negro de mierda’, pero en el sentido de decir... gente que por ahí... Yo considero que una persona puede tener un montón de necesidades, de humildad, pero que salga a chorear, que esté todo el día drogado, que mate por nada... hay gente que no sirve de nada, que es ‘negro’, no tiene nada en la cabeza”.

ⁱⁱⁱ “El mundo práctico que se constituye en la relación con el habitus como sistema de estructuras cognitivas y motivadoras es un mundo de fines ya realizados, modos de empleo o procedimientos por seguir, y de objetos dotados de un ‘carácter teleológico permanente’, como dice Husserl, herramientas o instituciones, y eso se debe a que las regularidades inherentes a una condición arbitraria (en el sentido de Saussure o de Gauss) tienden a aparecer como necesarias, incluso como naturales, por el hecho de que están en el principio de los esquemas de percepción y de apreciación a través de los cuales son aprehendidas” (Bourdieu, 2010: 87)

^{iv} De acuerdo con la terapeuta Patricia Weissman, el grupo ayuda a elaborar la separación del entorno de la infancia y la salida al mundo adulto, provee modelos identificatorios, normas, códigos compartidos, contención emocional, espacios, tiempos y rutinas. Se constituyen una serie de identificaciones nuevas y es una edad en la que se forman grupos de pares. “El adolescente quiere sentirse grande, independiente, dueño del mundo”, afirma y por eso juega a tomar riesgos, “juega, sobre todo, a ser grande, mucho antes de sentirse tal”, agrega. En paralelo, el adolescente tiene una acuciante demanda de reconocimiento de ser, de existir, de habilitación como ser cultural, perteneciente a algún lugar social. En consecuencia, se trata de actos donde parece buscarse producir sentido, y a la vez hacer una marca, acercarse a un código ordenador aunque sea compartido sólo por un grupo o a una pequeña comunidad.